

REVISTA DE LA QUINCENA

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

SUMARIO:

A LOS LECTORES

El baile del Banco de Venezuela

LOS DIFUNTOS

LA EMPLEOMANIA

El revolver

A G U A

LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES

Exequias á los muertos en la guerra

La empresa de EL COJO ILUSTRADO me ha honrado solicitando mi humilde cooperación á su obra civilizadora, en la que me es por extremo satisfactorio tomar parte, bien que desconfiado de que mis esfuerzos, por grandes y decididos que sean, logren alcanzar el éxito por mí deseado; aquel que convenga á los fines de la empresa y satisfaga sus deseos, encaminados á fomentar entre nosotros el cultivo de las bellas artes y letras, á popularizar fuera de Caracas nuestros hombres, nuestros edificios, nuestras costumbres; á hacer lo mismo aquí respecto de las demás ciudades de la República, presentando al propio tiempo á los lectores, con cada entrega del periódico, la ocasión de dar al espíritu un poco de esparcimiento provechoso.

Así, deseosa la empresa de EL COJO ILUSTRADO de que en cada número del periódico haya lectura para los diversos gustos por una parte, y por otra de que no dejen de registrarse ó comentarse en esta publicación, los hechos más notables que ocurran en nuestra capital, importantes ora por su notoriedad, ora por la trascendencia buena ó mala que tengan en nuestras costumbres, ó por cualesquiera otras razones que ameriten ocuparse en ellos, ha resuelto, de ahora en adelante, ofrecer á sus abonados una *Revista de la Quincena* en cada número del periódico, confiando á mi inexperta pluma este delicado encargo, á cuyo desempeño comprometo mi decidida voluntad, único elemento con que me es posible contar para ello.

Cuento, asimismo, con la benevolencia de mis lectores, á quienes me permito hacer presente la notable diferencia que hay entre una revista y cualquier otro escrito de carácter literario. No hay en ella plan, ni puede haberlo, desde luego que no es posible la unidad de pensamiento, ni el concierto consiguiente entre las partes. Todo aquí obedece á la impresión del momento: se ha de escribir á raíz de los sucesos, para que las palabras lleven el calor de nuestras emociones; se han de estampar las ideas que el acontecimiento despierte en nosotros en la forma y orden con que surgen del cerebro. De otra suerte la revista perdería su carácter, y más aún, su mérito. Así, debe concederse al cronista el derecho de pedir indulgencia para todas las incorrecciones, omisiones, y aun incoherencias de que adolezca su trabajo.

Esto pido y esto espero de los amables lectores de EL COJO ILUSTRADO.

**

Aunque es suceso algo lejano, por haber ocurrido en los últimos días del pasado mes, el baile con que el Banco de Venezuela obsequió al General Joaquín Crespo, Jefe del Poder Ejecutivo, debe tener preferencia en esta revista, por ser considerado como un verdadero acontecimiento social, dadas las especialísimas circunstancias que precedieron y dieron, por decirlo así, razón de ser, á aquel obsequio tan suntuoso como justificado y digno del alto personaje á quien iba dirigido.

Un solo local se hizo al efecto de dos de las más espaciosas casas de Caracas: la que ocupa el Club Venezuela y la que hasta hace poco ocupó el Colegio del Corazón de Jesús. Brillante y de exquisito gusto la decoración, recibía realce singular por la profusión pocas veces vista en nuestros saraos, de flores naturales que, en festones, guirnaldas y ramilletes de diversos tamaños y caprichosas formas, lucían por doquiera á la radiante claridad esparcida por incalculable número de luces.

La concurrencia selecta y numerosísima, como que de los invitados, (y cuenta que fueron cerca de dos mil), sólo dejaron de asistir los que para ello estaban de todo punto impedidos, desbordaba de entusiasmo, significando de este modo al General Crespo, cuánto de gratitud hacia él hay en el corazón de todos y cada uno de los que fueron á disipar en aquellos momentos de ex-

panción recuerdos tenebrosos de muy aciagos días.

Quiso el Banco de Venezuela ser espléndido en el obsequio. Este instituto, blanco de repetidos é implacables tiros, fué de los primeros favorecidos por la paz; justo es verle de los primeros en demostrar su gratitud á quien con promesa de perdurabilidad nos devuelve aquel bien inestimable.

Esplendidez en el conjunto, corrección en los detalles, complacencia en el obsequiado, grandísimo entusiasmo en el concurso y patriotismo en el pensamiento generador del acto, ¿qué más? ¿Con elementos tales, qué fiesta no alcanza grado sumo de grandeza?

**

Después de una nota alegre, una nota triste; después del brillo de la fiesta las sombras de la tumba; después de los acordes de la orquesta el tañido de la campana; después de la algazara de los vivos, el silencio de los muertos; después del 28 de octubre el 2 de noviembre!

Ninguno como el cronista para reír con los que ríen y llorar con los que lloran. Bien es verdad que ¿quién no llora en el día de difuntos? Afortunado aquel á quien la muerte de un ser querido no le ha llevado un girón de su propia vida!

Prolongados sinsabores que, como todas las cosas humanas, tuvieron fin en los primeros días de octubre, quebrantaros duramente nuestros espíritus; pero al cabo alborozó la paz, y como la naturaleza á los ósculos primeros de la luz, volvieron nuestras almas por grados á la vida. Luego imperó en ellas el contento que creció y creció hasta convertirse en entusiasmo delirante, en fiebre de alegría. *Memorio homo quia pulvis est*, nos dicen los muertos, y súbitamente bajan los hervores del placer: nube de tristeza se abate sobre el corazón; sopla con violencia el huracán de los recuerdos, y el nublado se deshace en lluvia, en copiosa lluvia de lágrimas!

No, muertos queridos, no os olvidamos! Nada puede turbar el augusto silencio, el solemne reposo de aquel íntimo lugar del alma donde vivís vida real para nuestro afecto, en tanto que sólo descansáis con grato sueño en el lecho solitario de vuestras lejanas sepulturas!

**

Dejemos á los muertos y volvamos á los vivos, ó más propiamente dicho, á los *avispados*.

La *empleomanía*, la enfermedad inveterada que nos aqueja desde que tenemos existencia política, ha presentado después del triunfo de la revolución síntomas alarmantísimos.

La República tiene alrededor de dos millones y medio de habitantes, y si dos millones y medio de empleos se crearan, no bastarían á dejarnos satisfechos, porque hay ciudadano que no se contenta con un puesto, sino que quiere dos y tres.

Todos los días, desde que amanece, empieza la peregrinación á Santa Inés. Ya no es aquella la morada del Jefe del Ejecutivo: ya él no vive allí, porque no le dejan vivir. Quienes viven y moran en Santa Inés son los solicitantes que se instalan allí como en su casa. La misma turba invade los corredores del Palacio Federal á las horas de gabinete y toma por asalto los despachos de los Ministros. No hece muchos días fué tan seria la embestida que un grupo de damas, aspirantes á preceptorías, le dió á un señor Ministro, que le hubieran convertido la levita en chaqueta, si llegan á apoderarse de los faldones como aviesamente lo intentaron.

—Conozco á un tal don Fermín, me decía un amigo, que cuando sale por la mañana de su casa, se lleva dentro del sombrero de copa tres huevos cocidos, media libra de salchichón y dos arepas, con el propósito de almorzar en los corredores de Santa Inés, porque dice que no puede perder la *bolada*. Y lo peor es que la viene perdiendo desde la primera vez, porque hay otros más listos que no almuerzan y logran colocarse mientras don Fermín se afana por tragar en seco los huevos duros.

Doblemos la hoja.

**

A todos los males que afligen á esta desdichada tierra se añade, de pocos años á esta parte, uno que habiendo llegado á tomar alarmantes proporciones, á poco andar dejará muy atrás á todos los demás, como que constituye por sí sólo una amenaza constante y terrible contra la existencia de todos y cada uno de los que no habiendo hecho voto de reclusión, ya por necesidad, ya por placer, pasamos en la calle gran parte del día. Me refiero á la costumbre casi universal entre las personas masculinas de Caracas de llevar revolver, ni más ni menos que como se lleva el pañuelo.

Aquí no hay ya títere con gorra que no ostente en un cuadril el bulto que hace el arma mortífera, nada menos que si se temiese á cada momento ser asaltado en medio de la calle por malhechores que piden, puñal al pecho, la bolsa ó la vida. Aquí no hay viejo, mozo ni chico que antes de salir de casa

no se dé cuenta de que el revolver vá en el bolsillo trasero del pantalón, que es donde generalmente lo llevan. Son capaces de dejar olvidado ántes el sombrero que el revolver. No parece sino que cada persona, sin excluir á las que hablan en falsete y juegan trompo, espera encontrarse al volver de cada esquina á un enemigo en acecho de quien hay que defenderse, eso sí, desahaciéndose de él de una vez y por un medio seguro: con una bala de nueve milímetros en la tetilla izquierda. El estoque, la manopla, el garrote, son armas anticuadas, y sobre todo con ellas se combate cuerpo á cuerpo. Esto no deja de ser incómodo por decir lo menos, mientras que con el revolver se tira de *lejitos*, con toda comodidad, disparando con la mano derecha y fumando con la izquierda. Vamos, ahondando un poco, puede resultar hasta agradable!

¿Y creerán ustedes que esto es efecto de nuestro carácter pendenciero ó índole belicosa? Ni por asomos. Los hombres de verdadero valor, entre nosotros, apenas si cargan con tamaño estorbo cuando andan de viaje ó hacen servicio militar. De lo que es signo tan funesta costumbre es de necesidad ó de civilización negativa, (valiéndome de este circunloquio para no emplear la palabra salvajismo). Y si no, vamos á la prueba.

¿Se dá alguna vez el caso de ser atacada una persona para robarla, ni aún en las calles más extraviadas de Caracas en altas horas de la noche? Reto á que se me citen, con pruebas, siquiera dos casos en diez años.

¿Podrá ser que hasta los niños de colegio tengan enemigos y necesiten para su seguridad personal de llevar armas, (y ¡qué armas!), y que los papás (¡qué papás!) se lo permitan?

¿Es necesario invitar á balazos á las señoritas en los bailes, para que allí antes le falten al dandy los guantes que el revolver?

Y, finalmente, de cada cien personas muertas por bala de revolver ¿cuántas deben su trágico fin al disparo intencionado, y cuántas al casual? Juraría que no pasan aquí del tres por ciento los primeros.

Y sigo preguntando ¿Es suficiente remedio á tan evidente y funesto abuso la multa de cuarenta bolívares ó el breve arresto, cuando aquí no hay agente de policía que no se haga de la vista gorda con los cuadriles abultados? ¿Cuántas personas llevan revolver en Caracas? ¿Cuánto ingresa al mes en las rentas municipales por multas á este respecto? Y además ¿Por qué es libre, absolutamente libre la venta de estas armas?

Es necesario que nos convenzamos de que todo el que sin necesidad determinada sale á la calle con un revolver de cinco tiros, por ejemplo, lleva en el bolsillo cinco homicidios *premeditados*, que recaerán ó nó en cinco personas indeterminadas.

Los casos más recientes de muertes debidas al abuso que señalo, revelan hasta qué alarmante estremo ha llegado, gracias á la impunidad y á la falta de medidas preventivas, una costumbre contraria de todo punto á la civilización que pretendemos alcanzar. Dos niños han perecido en estos días, uno de ellos á causa de un tiro escapado á un hermano suyo, y el otro víctima de homicidio voluntario, cometido por otro niño de colegio, según la versión general.

Casi no pasa día sin que la crónica registre cuando menos dos casos de muertes ó heridas intencionales ó casuales, estas las más, debidas al revolver. Esta es la verdadera espada de Damocles, para los habitantes de la Capital.

No es remedio el que se trata de poner: méfítese un poco y se verá que no lo es ni puede serlo.

Me propongo estudiar este asunto con algún detenimiento, para emitir mi humilde parecer sobre las medidas preventivas que para el caso se requieren, en mi próxima revista.

**

Benditas sean las nubes! Ellas se han encargado de no dejarnos olvidar que existe una cosa llamada agua, líquido que en otro tiempo solíamos beber, cuando los tubos del acueducto estaban de buen humor, y no daban en la manía de reventar.

Teníamos un acueducto, así, á manera de juguete, el cual nos hacía vivir en la ilusión de que nos llegaba agua de *verdad de verdad*, cuando no era sino de *embuste embuste*, como dicen los chicos. Ahora, ya es otra cosa, ya tenemos algo cierto á que atenemos: eso de vivir de ilusiones es moda pasada. Al fin podemos descansar en la certidumbre de que no tenemos acueducto, y por consiguiente ¿quiere usted agua? Pues ahí está el río.

Eso sí, la Administración de Rentas, con ejemplar puntualidad, pasaba sus recibos cobrando el servicio que nos hacía de convencernos de la fragilidad de las cosas humanas, ó de los acueductos humanos, como ustedes quieran. Ella se había encargado, mediante la módica suma de veinte y cinco pesos al año, de convencernos de que no había tales carneros, cuando por el contrario, si hay tales carneros, nosotros, y por eso nos están abrevando con fango.